



OBRAS ESENCIALES



Fiódor Dostoyevski



Obras esenciales

Fiódor Dostoyevski

Fiódor Mijáilovich Dostoyevski, novelista ruso. Es considerado uno de los principales escritores de la Rusia zarista. Representante de la literatura realista en su país. Nace en Moscú el 11 de noviembre de 1821. En 1843 culmina sus estudios de ingeniería. Descubre su pasión por la literatura de una manera azarosa, traduce un libro de Balzac para pagar una deuda. Desde que descubre su vocación pide retirarse del ejército, donde había obtenido el grado militar de subteniente. Publica su primera novela, Pobre gente, en 1845. Algunas de sus obras posteriores fueron: *El doble* (1846) y *Noches blancas* (1848).

Dostoyevski permanece cuatro años encerrado en una cárcel de Siberia, acusado de colaborar con grupos revolucionarios y condenado a muerte, aunque finalmente es indultado poco antes del momento de su ejecución. Cuando por fin consigue regresar a San Petersburgo, la escritura de *Recuerdos de la casa de los muertos* le devuelve la fama y novelas como *El jugador* y *Crimen y castigo* las que lo consagraron definitivamente como un genio de la literatura. Años después escribe *Los hermanos Karamázov*, novela que el propio autor considera su obra maestra.

Este gran escritor, finalmente, fallece el 9 de febrero de 1881 en San Petersburgo, a causa de una hemorragia pulmonar.

Fiódor dostoyevski

Obras esenciales



Obras esenciales
Fiódor Dostoievski

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Novela en nueve cartas

I

(De Piotr Ivánovich a Iván Petróvich)

Respetabilísimo señor y querido amigo, Iván Petróvich:

Llevo ya tres días detrás de usted, querido amigo, para hablarle de un asunto muy importante, y no le encuentro. Ayer, cuando fuimos a visitar a Semión Alekséich, mi mujer gastó una broma refiriéndose a usted, diciendo que usted y Tatiana Petrovna eran una pareja un tanto inquieta. Llevan tres meses casados y ya resulta difícil cogerlos en casa. Todos nos echamos unas buenas risotadas, teniendo en cuenta nuestra sincera y completa disposición hacia usted, claro está; pero, bromas aparte, mi apreciado amigo, me está dando usted quebraderos de cabeza. Semión Alekséich me dijo que podría usted encontrarse en la Sociedad unida del Baile. Dejé a mi mujer con la de Semión Alekséich y me dirigí veloz a la Sociedad. ¡Risa y lástima! Fui solo al baile, sin mi mujer. Iván Andréich, con quien me tropecé en el vestíbulo, al verme solo, sacó inmediatamente la conclusión (¡el muy tunante!) de mi irrefrenable pasión por los bailes y,

agarrándome del brazo, quiso arrastrarme a la fuerza a las clases de baile, diciendo que en la sociedad Unida a su joven espíritu le faltaba espacio para dar vueltas, y que del pachulí y la reseda se le había puesto dolor de cabeza. No le encontré a usted, ni a Tatiana Petrovna. Iván Andréich me juró y perjuró que indudablemente se encontraba usted en el Teatro Alexander, en la representación de *El mal de la razón*. Salí corriendo al Teatro Alexander y tampoco lo encontré allí. Pensé que esta mañana le encontraría en casa de Chistogánov, pero no fue así. Chistogánov me envió a casa de los Perepalkin, y lo mismo. En una palabra, me quedé completamente agotado. ¡Imagínese la de vueltas que pude dar! Ahora me dirijo a usted por carta (no queda otro remedio). La cuestión que me ocupa no es en absoluto literaria (ya me entiende). Es mejor vernos cara a cara, me es imprescindible hablarle y aclarar algo, y cuanto antes sea, mejor. Por eso le invito hoy a mi casa, junto a Tatiana Petrovna, a tomar el té y charlar un rato por la tarde. Mi Anna Mijáilovna se alegrará enormemente de la visita. Verdaderamente, nos darán una gran satisfacción. A propósito, apreciado amigo mío —ya que la cosa ha llegado hasta el punto de tener que coger yo la pluma para escribirle—: en estos momentos me veo obligado a presentarle una queja, e incluso a reprocharle, mi distinguido amigo, por una cuestión al parecer completamente ingenua, por la que usted se ha burlado de mí malvadamente… Es usted un

tunante y un sinvergüenza. A mediados del mes pasado envió usted a mi casa a un conocido suyo, concretamente a Evguéni Nicoláich, acompañándole de una amistosa, y se entiende que sagrada para mí, recomendación suya; yo me alegré del acontecimiento, recibí al joven con los brazos abiertos, y con ello puse mi cabeza en una cuerda anudada. Sea como fuere, lo que es la cosa salió bien. Ahora no hay tiempo para las explicaciones, aparte de lo embarazoso que resulta exponerlas sobre papel; únicamente he de suplicarle que mire, mi malvado amigo y colega, si no habría algún modo… lo más cortés posible, indirectamente o a media voz… de susurrarle al oído a su joven amigo que en la capital hay otras muchas casas aparte de la mía. ¡Se me agotan las fuerzas, señor mío! ¡No puedo más!, como dice nuestro común amigo Simónevich. Cuando nos veamos, le pondré al corriente de todo. Y ya no me refiero a que el joven no me cayera bien por su forma de vestir, sus cualidades espirituales, o que metiera la pata en algo. Antes al contrario, incluso resultó ser un joven amable y enternecedor. Pero espere a que nos veamos; y, hasta entonces, si se encuentra usted con él, por el amor de Dios, mi respetabilísimo amigo, hágaselo saber. Que fue usted quien le recomendó. Además, en cualquier caso, esta tarde lo aclararemos todo con más detalles. Y, por el momento, hasta la vista. Le quedo muy agradecido, etc. etc.

P.S.: Mi hijo pequeño lleva ya una semana enfermo, y empeora a medida que pasan los días. Le están saliendo los dientes. Mi mujer no se aparta de él y está triste, la pobre. Venga a vernos. Nos alegrará sinceramente, mi querido amigo.

II

(De Iván Petróvich a Piotr Iványch)

Estimado señor, Piotr Iványch:

Ayer recibí su carta y no salgo de mi asombro mientras la leo. Me está buscando en dios sabe qué lugares, y, mientras tanto, yo tranquilamente en casa. Hasta las diez de la noche estuve esperando a Iván Iványch Tolokónov. Nada más recibir la carta recogí a mi mujer, alquilé un coche, sin reparar en gastos, y me presenté en su casa de las seis y media. Usted no se encontraba en casa y nos recibió su mujer. Le estuve esperando hasta las diez y media; me fue imposible esperarle más. Recogí de nuevo a mi mujer, gasté dinero en alquilar un coche, y al llegar a casa la dejé allí y me dirigí a casa de Perepalkin, pensando en si le encontraría allí, pero otra

vez más me equivoqué en mis suposiciones. Regresé a casa, no pegué ojo en toda la noche, estuve intranquilo, y por la mañana pasé tres veces por su casa: a las nueve, a las diez y a las once, perdiendo tres horas; de nuevo alquilé un cochero y otra vez me dio usted plantón. Me asombra leer su carta. Me escribe acerca de Evguéni Nicoláich y me ruega que con discreción le indique algo, pero no me dice exactamente por qué. Alabo su escrupulosidad pero, en última instancia, mi papel es igual al suyo, aunque yo al menos soy consciente de no darle documentos importantes a mi mujer para que haga con ellos papillotes. A decir verdad, no comprendo por qué me escribe usted todo eso. Además, puestos a decirlo todo, ¿por qué razón me inmiscuye en este asunto? Yo no me entrometo en problemas ajenos. Usted mismo podía cantarle las cuarenta, pero veo que debo aclarar con usted el asunto lo antes posible; además, el premio apremia. Me siento incómodo, e ignoro el modo de solucionarlo si usted no cumple las condiciones. Tengo un viaje a la vuelta de la esquina; cuesta lo suyo, y mi mujer dándome la lata para que le deje hacerse un capote de terciopelo de los modernos. Y en cuanto a Evguéni Nicoláich me apresuro en señalarle: que ayer, sin perder tiempo, pedí los informes, mientras le esperaba en casa de Pavel Semiónych Perepalkin. Tiene trescientas almas en propiedad en la provincia de Iaroslav, y aún le aguarda la esperanza de recibir otras trescientas mil de

su abuela, de los alrededores de Moscú. No sé cuánto dinero tiene, y creo que esto lo sabrá usted mejor que yo. Decididamente le ruego que fije el día de nuestra cita. Ayer se topó usted con Iván Andréich, que le dijo que mi mujer y yo estábamos en el Teatro Alexander. Lo que le estoy diciendo es que él miente, y que, en asuntos de este tipo, no puede uno creer en sus palabras; que hace tres días engañó a su abuela por unos ochocientos rublos. Por todo ello, tengo el honor de quedar a su disposición.

P. S.: Mi mujer se quedó embarazada; además es muy asustadiza y enseguida le entra la melancolía. En las representaciones teatrales a veces disparan y simulan truenos con máquinas artificiales. Por ello, temo que se asuste y no la llevo al teatro. Tampoco yo tengo muchas ganas de ver representaciones teatrales.

III

(De Piotr Ivánovich a Iván Petróvich)

¡Mi apreciado amigo, Iván Petróvich!:

Yo, y solo yo, tengo la culpa, y me apresuro a presentarle disculpas. Ayer, a las seis de la tarde, y justamente en el momento en que nos estábamos acordando de usted,

llegó un correo del tío Stepán Alekséich informándonos de que la salud de la tía había empeorado. Temiendo asustar a mi mujer, y sin mencionar palabra, le puse como pretexto que me había surgido un asunto urgente y me dirigí a casa de la tía. Me la encontré moribunda. A las cinco en punto tuvo un ataque, que es el tercero en dos años. Karl Fedorych, médico de la casa, anunció que posiblemente no pasaría de esa noche. Imagínese mi situación, mi querido amigo. Me pasé la noche en pie, corriendo de un lado para otro; al margen del disgusto. Y solo al amanecer, agotado física y psíquicamente, me eché en el sofá de su casa, olvidándome decirles que me despertaran a la hora, y abrí los ojos a las once y media. La tía estaba mejor. Fui a casa a ver a mi mujer; la pobre estaba deshecha esperándome. Tomé un bocado, acuné al pequeño, después tranquilicé a mi mujer y me dirigí a su casa. Usted no estaba. Pero me encontré con que Evguéni Nicoláich estaba en su casa. De nuevo me dirgí a su casa, cogí la pluma y me puse a escribirle. No se enoje ni se enfade conmigo, mi sincero amigo. ¡Pégueme usted, córteme la cabeza, si quiere; pero no me prive de la buena disposición que tiene hacia mí! Su mujer me comentó que esta tarde estaría usted en casa de los Slaviánov. Sin falta estaré allí. Le espero con enorme inquietud. Mientras tanto, quedo a su disposición, etc. etc.

P. S.: Nuestro pequeño nos tiene sinceramente hundido el ánimo. Karl Fedorych le recetó un ruibarbo como purgante. Está sollozando y ayer no reconocía a nadie. Sin embargo, hoy nos reconoce y no cesa de repetir: "papá, mamá" y de hacer pucheros. Mi mujer está hecha un mar de lágrimas.

IV

(De Iván Petróvich a Piotr Iványch)

¡Mi muy estimado señor Piotr Iványch!:

Le escribo desde la casa, desde su habitación y su escritorio; pero antes de coger la pluma he estado esperando más de dos horas y media. Permítame ahora que le diga abiertamente, Piotr Iványch, mi sincera opinión sobre esta situación tan cicatera. Por su última carta deduzco que le están esperando en casa de los Slaviánov; usted me dijo que fuera allí, y yo fui y estuve horas sentado sin que usted apareciera. ¿Acaso cree que debo hacer el ridículo delante de la gente? Permítame decirle, muy señor mío… que me presenté en su domicilio por la mañana, con la esperanza de encontrarlo, y sin imitar a ciertas personas que pasan por lo que no son,

y que buscan a gente ¡Dios sabe en qué lugares!, cuando se les puede encontrar en su casa a una hora prudente. Ni rastro suyo había. Ignoro lo que ahora me contiene para expresarle toda la verdad. Solo diré que lo veo, a mi parecer, retractándose, si se tienen en cuenta nuestras sobradamente conocidas condiciones. Y ahora, solo después de reflexionar sobre este asunto, no puedo por menos de reconocer que realmente estoy asombrado de la orientación tan pícara de su intelecto. Ahora veo claramente que ha estado usted gestando durante mucho tiempo unas intenciones poco nobles. Y mi suposición la confirma el hecho de que la semana pasada, y de forma casi ilícita, se hiciera usted con aquella carta suya dirigida a mí, en la que usted mismo exponía, aunque de un modo un tanto confuso y enrevesado, nuestras condiciones sobre la situación que le es sobradamente conocida. Teme usted los documentos, y los destruye. Dejándome a mí en ridículo. Pero no consentiré que se burlen de mí, pues hasta nadie me ha tratado así, y todos me han tenido en consideración. Se me ha caído la venda de los ojos. Pretende usted confundirme, ofuscarme con Evguéni Nicoláich, y cuando yo, con su carta del siete del presente mes, aún sin descifrar, voy y pretendo encontrarle para aclarar el asunto, va y me cita en falso, ocultándose de mí. ¿Acaso no creerá, muy señor mío, que no soy capaz de percatarme de ello? Promete recompensarme por los favores de sobra conocidos

recomendándome a distintas personalidades, y mientras tanto, me coge prestada —¡y ya se sabe de qué modo!— una considerable cantidad de dinero, sin ningún recibo a cambio, cosa que sucedió, sin ir más lejos, la semana pasada. Y ahora, con el dinero en la mano, se oculta y reniega del favor que le ofrecí presentándole a Evguéni Nicoláich. Probablemente tenga en cuenta mi próximo viaje a Simbirsk y crea que no podamos ajustar las cuentas antes. Pero le doy solamente mi palabra de honor de que, llegado el caso, estaría dispuesto a permanecer dos meses más en San Petersburgo para conseguir lo que me he propuesto; conseguiré mi fin y le encontraré. También sé actuar con despecho. Para concluir, le informo de que si hoy mismo no me aclara usted la situación satisfactoriamente —primero por carta, y después en persona, uno frente a otro—, si no me expone de nuevo en su carta las condiciones convenidas entre nosotros, y no me explica finalmente sus ideas respecto a Evguéni Nicoláich, me veré obligado a recurrir a medidas bastante desagradables para usted, que incluso a mí me repugnan. De despide de usted, etc. etc.

V

(De Piotr Ivánovich a Iván Petróvich)

11 de noviembre

Mi muy querido y respetado amigo Iván Petróvich:

Su carta me disgustó llegándome hasta el fondo del corazón. ¿Y no le abochorna, mi querido, aunque injusto, amigo, comportarse de ese modo con una de las personas más benévolas con usted? Adelantarse, sin haber aclarado el asunto, para ofenderme con tan injuriosas sospechas. Pero a pesar de ello me apresuro a responder a sus acusaciones. No me encontró ayer en casa, Iván Petróvich, porque inesperadamente fui llamado para acudir al lecho de una moribunda. Mi tía Evfimia Nicoláievna falleció ayer, a las once de la noche.

Todos los familiares me eligieron por unanimidad para encargarme de la triste y lamentable ceremonia de la defunción. He tenido tantas cuestiones que resolver que no he podido verlo y ni siquiera dirigirle unas líneas. Lamento de todo corazón el malentendido surgido entre nosotros. Las palabras que proferí sobre Evguéni Nicoláievich, de formas bromista y sin importancia, las interpretó usted incorrectamente, dándole a todo

ese asunto un sentido que me ofende profundamente. Me habla del dinero manifestándome su preocupación. Sin verme obligado estoy dispuesto a satisfacerle en sus deseos y exigencias, aunque sin poder pasar por alto el recordarle que la suma, que ascendía a trescientos cincuenta rublos en plata, la tomé yo de usted la semana pasada en unas condiciones de sobra conocidas, y no como préstamo. De haber sido lo último, habría recibido usted inmediatamente un acuse de recibo de mi parte. No quiero rebajarme a discutir sobre los demás puntos expuestos en su carta. Veo que se trata de un malentendido y observo en ello su carácter habitualmente apresurado, vehemente y franco. Sé que su benevolencia y carácter abierto no permitirán que su corazón albergue sospechas y que finalmente será usted el primero en tenderme la mano. Se ha equivocado usted, Iván Petróvich, hasta más no poder. Sin reparar en que su carta me hirió profundamente, soy el primero que estaría dispuesto a presentarme hoy en su casa para ofrecerle excusas, pero ando sumamente atareado desde ayer por la tarde y ahora mismo me encuentro tan cansado que apenas me sostengo en pie. Para colmo de todos mis infortunios, mi mujer está enferma guardando cama; temo que sea algo serio. En cuanto al pequeño, gracias a Dios, se encuentra mejor. Pongo aquí punto final… me reclaman mis asuntos, y son una montaña. Permita, mi apreciado amigo, que me despida de usted, etc.

VI

(De Iván Petróvich a Piotr Iványch)

14 de noviembre

Mi muy estimado señor, Piotr Iványch:

He esperado tres días; procuré emplearlos últimamente; mientras tanto, viendo que la amabilidad y la formalidad son en esencia el decoro de cualquier hombre, desde mi última carta, del diez de este mes, no quise apremiarle ni con palabras ni con hechos, en parte para que pudiera usted cumplir tranquilamente con su deber cristiano en lo relativo a su tía, y en parte también para los cálculos y pesquisas del famoso asunto, que han precisado su tiempo. Me apresuro ahora a aclarar con usted el asunto definitiva y firmemente. Confieso sinceramente que la lectura de sus dos primeras cartas me hizo pensar que usted no comprendía lo que yo quería; por ello insistí tanto en dar con usted para citarnos y aclarar el asunto personalmente; me daba reparo utilizar la vía epistolar y me culpaba por la poca claridad de mis ideas cuando las expongo sobre papel. De sobra le es conocido que carezco de una esmerada educación y de maneras, y que eludo la hueca vanagloria, pues por mi triste experiencia pude finalmente comprobar cuán engañoso resulta a veces lo

externo y de qué modo se oculta en ocasiones la serpiente debajo de las flores. Pero usted me ha comprendido; solo que no me ha contestado debidamente, porque con su alma desleal ha preferido faltar a su palabra de honor y a la amistad existente entre nosotros. Esto me lo ha confirmado usted plenamente con su proceder tan ruin hacia mí durante este último tiempo; un proceder pernicioso para mis intereses, cosa que no esperaba, y que hasta estos momentos ni siquiera se me había pasado por la cabeza; pues, abrumado, desde el momento en que nos conocimos, por sus buenas maneras, la delicadeza de su trato, la experiencia y el beneficio que me reportaba relacionarme con usted, imaginé que había encontrado a un verdadero amigo y compañero que deseaba lo mejor para mí. Sin embargo, ahora comprendo perfectamente que hay mucha gente que, bajo la lisonjera y brillante apariencia, esconde veneno en su corazón, y utiliza su inteligencia en urdir embrollos e imperdonables engaños para sus prójimos, razón que le hace temer el papel y la pluma; que emplea su estilo no para el beneficio del prójimo y el amor a la patria, sino para hipnotizar y fascinar la razón de los que, por diferentes motivos y condiciones, han tratado con ellos. Su deslealtad hacia mí, mi muy estimado señor, puede verse claramente con lo que a continuación expongo. En primer lugar, cuando, en mis claras y transparentes expresiones epistolares, le comunicaba mi situación, a la vez que le preguntaba

en mi primera carta qué era lo que quería decirme con alguna de sus expresiones e indirectas, a propósito de Evguéni Nicoláich, usted optó la mayoría de las veces por contestarme muy por encima y, tras indignarme con dudas y sospechas, se desentendió tranquilamente del asunto. A continuación, y tras hacerme desprecios tales que no hay palabras para decirlos, me escribía diciéndome que estaba ofendido. ¿Cómo lo denominaría usted, mi muy estimado señor? Después, cuando cada minuto era tan preciado para mí, me obligaba a recorrer la ciudad entera en su busca; me escribía cartas enmascarándose como amigo, en las que, evitando a propósito mencionar el asunto, me contaba cosas que no venían a cuento: concretamente, de las enfermedades de su esposa, a la que respeto, y de su pequeño, al que recetaron un purgante porque le estaban saliendo dientes. Acerca de todo ello me informaba usted cada una de sus cartas con una regularidad que me resultaba repugnante y ofensiva.

Naturalmente que comprendo que los sufrimientos de un hijo le destrozan el corazón al padre, pero ¿para qué se había de mencionarlo en aquellos momentos, cuando lo que se trataba era otra cuestión, completamente diferente, más necesaria e importante? Yo callaba y me aguantaba; pero ahora, cuando ya ha pasado tiempo, me veo obligado a expresarme. Finalmente, traicionándome con falsas citas, me obligó a jugar su juego, representando

el papel de un bufón del que podía burlarse, cosa que jamás pienso ser. Después, y tras invitarme a su casa, y engañándome previamente lo suyo, me dice que le llaman para ir a casa de su tía, que había sufrido un ataque, a las cinco en punto de la tarde, disculpándose por lo sucedido con bochornosos detalles. Pero por suerte, durante esos tres días, señor mío, me dio tiempo a recoger informes por los que me enteré de que el ataque lo tuvo su tía la tarde del día siete, poco antes de medianoche. De ello deduzco que utiliza la santidad del parentesco para engañar a los prójimos. Finalmente, en su última carta menciona también la muerte de su familiar, como si esta hubiera ocurrido justo en el momento en que yo iba a ir a su casa para reunirnos y abordar el asunto en cuestión. Pero aquí la bajeza de sus cálculos e invenciones supera lo verosímil, ya que para mi fortuna, constatando la información a la que pude acceder, de lo más a tiempo, me enteré de que su tía había fallecido exactamente veinticuatro horas más tarde de lo que usted tan deshonestamente me había comunicado. Y no acabaría nunca si siguiera enumerando los detalles que confirman su traicionera conducta respecto a mí. A un observador imparcial le bastaría con ver que en todas sus cartas se dirige usted a mí llamándome «su sincero amigo», utilizando para ello palabras amables, lo que, en mi opinión, hace no con otra intención que la de amansar mi conciencia. Llego finalmente a los puntos más

importantes de su engaño y traición respecto a mí, que consisten concretamente en: el silencio ininterrumpido que ha mantenido últimamente sobre aquello que se refiere a nuestro mutuo interés en el deshonesto hurto de la carta, en la que aun de manera oscura, y no del todo comprensible; del bárbaro y forzado préstamo de trescientos cincuenta rublos, sin recibo, que le concedía en calidad de amigo con quien iba a medias; y, finalmente, en la ignominiosa difamación de nuestro común conocido Evguéni Nicoláich. Ahora veo claramente que quiso usted demostrarme que a él, y permítaseme la expresión, no se le podía sacar absolutamente nada, ni leche ni lana, lo mismo que a un macho cabrío, y que él no era ni carne ni pescado, cosa que subrayó como un defecto en su carta del seis de este mes. Pero yo conozco a Evguéni Nicoláich como joven discreto y honesto, virtudes con que precisamente puede seducir, atraer y ganarse el respeto en esta sociedad. También he sabido que durante dos semanas enteras ha estado usted metiendo todas las tardes en su bolsillo unos cuantos billetes de diez rublos, y en algunas ocasiones, hasta cientos, desplumando de ese modo a Evguéni Nicoláich en el juego. Sin embargo, ahora quiere desentenderse de todo esto, y no solo no se conforma con agradecerme el interés que me he tomado, sino que se ha quedado con un dinero mío que no piensa devolver, seduciéndome anticipadamente con todo tipo de ventajas que reportaría

en mi beneficio si fuera a medias con usted. Adueñándose ahora ilegalmente de mi dinero y el de Evguéni Nicoláich, evita agradecérmelo, levantando falsos testimonios y denigrando imprudentemente antes mis ojos a aquel que yo presenté en su casa. Sin embargo, a usted le falta poco, tal y como cuentan los compañeros, para darle besos y presentarle a todo el mundo como su mejor amigo, sin reparar en que no hay nadie más estúpido que el que no se percata al instante de adónde van dirigidas sus pretensiones y lo que significan exactamente para ustedes las relaciones en asuntos de amistad y compañerismo. Le diré que ello es el engaño, la traición, la ausencia de todo decoro y derecho del hombre, una ofensa a Dios y una depravación. Yo mismo soy el ejemplo y la prueba de lo que ha sucedido.

¿Cuándo le ofendí? ¿Y por qué se ha portado usted tan despiadadamente conmigo? Doy por terminada mi carta. He dicho cuanto tenía que decir. Y ahora concluyo: si usted, mi muy preciado señor, en un breve periodo de tiempo, a contar desde el recibo de la presente, no me devuelve, en primer lugar, todo el dinero que le presté, es decir, los trescientos cincuenta rublos y, en segundo lugar, el resto que me corresponde según lo prometido, me veré obligado a recurrir a otras medidas para que proceda a la devolución, empleando, si fuera menester, los medios que fueran necesarios para obligarle a devolverlo

amparándome en la ley, poniendo finalmente en su conocimiento que dispongo de determinadas pruebas que, quedándose en poder de su humilde servidor y admirador, podrían destruirle mancillando su nombre a ojos del mundo entero. Suyo afectísimo, etc.

VII

(De Piotr Ivnóvich a Iván Petróvich)

15 de noviembre

Iván Petróvich:

Tras recibir su extraño y poco pulido escrito, en el primer instante me sentí tentado a romperlo en pedazos; sin embargo, preferí conservarlo como algo que se recibe en escasas ocasiones. Por lo demás, lamento de todo corazón los malentendidos y las desavenencias surgidos entre nosotros. Por un momento decliné responder. Pero la necesidad obliga. Concretamente, con estas líneas he de explicarle que verlo en alguna ocasión en mi casa me resultaría excesivamente desagradable, igual que a mi esposa: está delicada de salud y el olor a brea le resulta dañino. Mi mujer envía agradecidamente a la suya Don Quijote de la Mancha, un libro suyo que quedó

en nuestra casa. En cuanto a sus chanclos, olvidados, al parecer, en nuestra casa durante su última visita, lamento comunicarle que no se han encontrado por ninguna parte. De momento los siguen buscando; pero, de no dar con ellos, le compraría unos nuevos. Por los demás, tengo el honor, etc. etc.

VIII

[El 16 de noviembre, Priotr Iványch recibe por correo postal dos cartas dirigidas a él. Al abrir la primera, saca una nota de color rosa pálido, ingeniosamente doblada. La letra era de su mujer. Iba dirigida a Evguéni Nicoláich el día 2 de noviembre. En el sobre no había nada más. Priotr Ivanóvich procedió a la lectura:]

Querido Eugéne:

Ayer me resultó imposible. Mi marido estuvo en casa toda la tarde. Ven sin falta mañana a las once en punto. A las diez y media mi marido se marcha a Tsárskoie para regresar a medianoche. Estuve toda la noche furiosa. Te agradezco las noticias que me envías. ¡Qué cantidad de papeles! ¿Es posible que todo eso lo haya escrito ella? A propósito, tiene estilo; te lo agradezco, veo que me

quieres. ¡No te enfades por lo de ayer, y ven mañana, por el amor de Dios!

[Piotr Iványch abre otra carta:]

Piotr Iványch:

No tenía necesidad de recurrir a esto, pues no pensaba poner un pie en su casa; es una lástima que haya desperdiciado papel en vano. La próxima semana me marcho a Simbirsk; como apreciable y querido amigo le queda a usted Evguéni Nicoláich; le deseo suerte y no se preocupe por los chanclos.

IX

[El 17 de noviembre, Iván Petróvich recibe por correo postal dos cartas dirigidas a su nombre. Abriendo la primera de ellas, saca una notita escrita descuidadamente, deprisa y corriendo. Era letra de su mujer; iba dirigida a Evguéni Nicoláich el día 4 de agosto. En el sobre no había nada más. Iván Petróvich procedió a la lectura:] ¡Adiós, adiós, Evguéni Nicoláich! ¡Que dios también se lo pague! ¡Sea feliz! ¡Mi destino es cruel y terrible! Fue su voluntad. Si no fuera por la tía, no hubiera confiado tanto en usted. Pero no se burle, ni de mí, ni de la tía. Mañana nos

casamos. La tía está contenta porque encontré una buen apersona que se case conmigo sin dote. Hoy por primera vez lo miré fijamente. ¡Me parece tan buena persona! Me están metiendo prisa. ¡Adiós, adiós… querido mío! Acuérdese de mí de vez en cuando, porque yo jamás lo olvidaré. ¡Adiós! Firmo esta última carta como la primera vez… ¿se acuerda? Tatiana.

[El otro sobre contenía lo siguiente:]

Iván Petróvich:

Mañana recibirá usted unos chanclos nuevos; no estoy acostumbrado a sacar cosas ajenas de otros bolsillos; así como tampoco es de mi gusto recoger de la calle harapos y cosas inservibles. Evguéni Nicoláich partirá estos días a Simbirsk, para solucionar asuntos de su abuelo, y me rogó que le buscara un compañero de viaje. ¿No desearía serlo usted?

Bobok

En esta ocasión introduzco las «Anotaciones de un individuo». No soy yo; sino otra persona completamente diferente. Creo que no es necesario ningún otro prefacio.

Anotaciones de un individuo

Hace tres días Semión Ardaliónovich me dijo:

—Pero ¿llegará el día en que lo veamos sobrio, Iván Iványch? ¡Dímelo por el amor de Dios! Extraña exigencia. No me ofendo, soy una persona tímida; y, sin embargo, he aquí queme han convertido en un loco. Un pintor me hizo un retrato por pura casualidad. «Ante todo, eres un literato», me dijo. Yo me presté a ello y él lo expuso. Después pude leer: «Dense prisa para contemplar este rostro enfermizo, cercano a la locura». Pase que así era, pero ¿para qué había de publicarlo? Para publicar algo habría que ponerde relieve lo noble, mostrar ideales, mientras que aquí…

Si quería decir algo, podía hacerlo indirectamente, para eso está el estilo. Pero no, no quiere lanzar indirectas. Actualmente están desapareciendo el humor y el estilo, y las blasfemias han pasado a ocupar el lugar de las agudezas. Dios sabe que no soy un gran literato como para volverme loco por eso. Escribí un relato y no me lo publicaron. Escribí un artículo y lo rechazaron. Ya llevé yo a muchas editoriales artículos de ese tipo, y en todas me los rechazaron. «Les falta sal», me dijeron.

—Pero ¿de qué sal se trata? —pregunté irónico—. ¿Sal ática?

Ni siquiera lo comprendieron. A lo que más me dedico es a traducir del francés para los libreros. También redacto anuncios para los comerciantes, tales como: «¡Extraordinario! Té rojo de plantación propia…». Por un panegírico a Su Excelencia, el difunto Piotr Matvéich, cobré una buena cantidad. Por encargo de un librero compuse El arte de gustar a las mujeres. Así, a lo largo de mi vida habré escrito yo unos seis libros de ese tipo. Quisiera reunir algunos bons mots de Voltaire, pero temo que les pueda parecer insulso a nuestros literatos. ¡Qué Voltaire! ¡Hoy día hacen falta garrotes en lugar de Voltaire! ¡Si se han pegado hasta romperse los dientes los unos a los otros! Y he aquí toda mi creación literaria. Sin mencionar que envío desinteresadamente cartas a las editoriales con mi propia firma. Les doy todo tipo de exhortaciones y consejos, hago críticas y les indico la dirección que deben seguir. La semana pasada mandé una carta que hacía el número cuarenta en dos años; solo en sellos me gasté cuatro rublos. Lo que pasa es que tengo un carácter detestable. Creo que el pintor no me retrató por mi vínculo literario, sino por las dos verrugas simétricas que tengo en la frente: es decir, todo un fenómeno. Como carecen de ideas, se lucen con los fenómenos. ¿Y hay que ver lo bien que le quedaron mis

dos verrugas en el retrato!¡Parecen vivas! A eso llaman ellos realismo. Y en cuanto a la locura, aquí el año pasado declararon locos a muchos. Y con qué estilo lo defendían, alegando: «Ante un talento tan extraordinario… esto es lo que finalmente ha sucedido… por lo demás, ya era de prever hace tiempo…». Y esto todavía tiene mucha picardía, pues desde el punto de vista del arte puro incluso merece una alabanza, mientras que aquellos otros ni siquiera se han vuelto inteligentes. Es eso, aquí le vuelven loco a uno, pero todavía no han convertido a nadie en más inteligente.

En mi opinión, el más inteligente es aquel que se llama a sí mismo «tonto», aunque solo sea una vez al mes; ¡una habilidad desconocida hasta ahora! Al menos antes, el estúpido, aunque solo fuera una vez al año, se reconocía como tal, pero ahora, ni hablar. Y hasta tal punto se confundieron las cosas que ya no puedes distinguir a un estúpido de un tonto. Eso lo hicieron ellos a propósito. Me viene a la cabeza una agudeza española, de hace ya dos siglos y medio, cuando los franceses construyeron su primer manicomio: «Encerraron allí a todos sus idiotas para convencerse de que ellos mismos eran inteligentes». Pero la verdad es que encerrando a otro en un manicomio no demostrarás tu propia inteligencia. «K* se volvió loco, lo que significa que ahora nosotros somos inteligentes». ¡Pero no, no es así! ¡Además, al demonio…! ¡Qué hago

yo disertando aquí sobre mi inteligencia: no hago más que gruñir y gruñir! Hasta he hartado a la sirvienta. Ayer vino a verme un compañero y me dijo que a mí me estaba «cambiando el estilo, se está haciendo más entrecortado. Cortas y cortas; las oraciones están repletas de cuñas, después de la cuña, vas y pones otra cuña a continuación algo entre paréntesis, y después nuevamente cortas y cortas…».

El compañero tenía razón. Algo extraño me está sucediendo. Me está cambiando el carácter y me duele la cabeza. Empiezo a ver y a oír cosas extrañas. Y ya no es que sean voces, sino como si alguien que estuviera cerca de mí me susurrara: «¡Bobok, bobok, bobok!». Y ¿qué es eso de bobok? Necesito distraerme. Pensaba distraerme un poco y caí en un entierro. . Era un pariente lejano. De todos modos, se trataba de un consejero colegial. La viuda, cinco hijas, todas solteras. ¡Cuánto gastaría solo en zapatos! El difunto ganaba dinero, pero ahora solo les queda una pequeña pensión. Tendrán que apretarse el cinturón. A mí siempre me recibían con desgana. Y tampoco habría ido ahora, de no haber sido un caso excepcional. Los acompañé hasta el cementerio junto a los demás; pero se apartaban de mí y son altaneros. A decir verdad, mi uniforme está en mal estado. Creo que hace ya veinticinco años que no visitaba un cementerio. ¡Vaya un lugar! Para empezar, el ambiente. Llegaron como unos

quince cadáveres. De distintas categorías; hasta hubo dos catafalcos: para un general y no sé qué señora. Había muchos rostros apesadumbrados, aflicción fingida, y mucha alegría sincera. El clero no puede quejarse: tiene sus beneficios. Pero el ambiente, el ambiente… No me gustaría estar aquí oficiando de clérigo.

Me acercaba a ver los rostros de los difuntos con sumo cuidado, inseguro de mi impresionabilidad. Hay expresiones suaves, y las hay desagradables. Por lo general, las sonrisas no estaban bien logradas, especialmente las de algunos. No me gustan; luego sueño con ellos.

Durante la misa salí de la iglesia para respirar un poco de aire; el día era grisáceo, pero seco. También hacía frío; hay que tener en cuenta que estamos en octubre. Me di una vuelta entre las sepulturas. De distintas categorías. La de tercera clase cuesta treinta rublos: es decente y no es tan costosa. Las dos primeras se ofician en la iglesia, bajo el atrio. Pero resulta excesivo. En aquella ocasión enterraban a unas seis personas en tercera categoría, entre ellos un general y su esposa.

Eché un vistazo a las fosas: ¡qué horror!; ¡había agua, y qué agua! ¡Absolutamente verde! Bueno… ¡qué más da! A cada minuto, el sepulturero la vaciaba con un achicador. Mientras se oficiaba la misa, me salí afuera

para deambular un poco detrás de la valla. Ahora hay un hospicio y, un poco más allá, incluso un restaurante. Y no está mal, hasta puedes tomar un aperitivo. Estaba a rebosar de acompañantes. Observé que había entre ellos mucha alegría y animación sincera. Tomé un tentempié y bebí un poco. A continuación participé personalmente en llevar el féretro desde la iglesia hasta la fosa. Y ¿por qué será que los difuntos pesan tanto en los féretros? Dicen que por algún tipo de inercia el cuerpo ya no puede dominarse a sí mismo… o algunas absurdez de ese tipo; contradice la mecánica y el sentido común. No soporto cuando la gente solo posee nociones generales se pone a discurrir sobre cuestiones específicas; y aquí los tenemos por doquier. Los civiles gustan de juzgar sobre las cuestiones militares e incluso acerca de los mariscales de campo, y la gente con formación de ingeniería habla más de la filosofía y la economía política.

No fui al banquete fúnebre. Estoy orgulloso de ello, y si en verdad por una extrema necesidad, ¿por qué había de asistir a sus comidas, aunque fueran fúnebres? Lo único que no llego a comprender es por qué me quedé en el cementerio; me senté al pie de una estatua y, dadas las circunstancias, me quedé pensando.

Comencé por la exposición de Moscú y terminé con el asombro, es decir, el asombro como tema. Y he aquí lo que deduje sobre «el asombro»:

«Lógicamente asombrarse por todo es absurdo, mientras que no asombrarse por nada es bastante más bello y por alguna razón se reconoce como rasgo de buen gusto. Pero difícilmente puede ser así en realidad. En mi opinión, no asombrarse por nada es bastante más estúpido que asombrarse por todo. Al margen de esto: no asombrarse ante nada viene a ser lo mismo que no respetar nada. Además, un estúpido no sabe respetar».

—Sí: yo ante todo deseo respetar. Ansío respetar —me dijo un día un conocido. ¡Desea respetar! ¡Dios mío, pensé yo, que sería de ti si se te ocurriera ahora publicarlo! Y en aquel momento me perdí en mis reflexiones. No me gusta leer las inscripciones de la lápida que estaba cerca de mí, había un bocadillo sin terminar: es absurdo y no es el lugar más adecuado. Lo tiré a la tierra, pues no era pan, sino un bocadillo. Porque echar migas de pan es echarlo al suelo. Debo comprobarlo en el calendario de Suvorin.

Es de suponer que estuve sentado mucho rato, e incluso demasiado; es más, me tumbé sobre una larga piedra de mármol en forma de ataúd. Y ¿cómo ocurrió que de pronto empecé a oír voces? Al principio no les presté atención y me porté despectivamente. Sin embargo, la conversación continuaba, Oí unos sonidos sordos, como si las bocas estuvieran tapadas con almohadas;

principalmente se trataba de unas voces claras que procedían de muy cerca. Me despejé, me senté y me puse a escucharla a atentamente.

—Su Excelencia, eso no puede ser de ninguna de las maneras. Ha anunciado usted un juego, voy yo y juego, y me viene usted con un as de picas. Deberíamos habernos puesto de acuerdo antes respecto a los ases.

—¿Para qué jugar de memoria? ¿Dónde está el atractivo?

—No es posible, Su Excelencia, sin un mínimo de garantía no es posible de ninguna de las maneras. Solo podría hacerse con un comodín y de una sola tirada.

—Pero aquí no encontraremos un comodín.

¡Qué términos más insolentes! Me resultó extraño e inesperado. Una de las voces parecía muy importante y de una persona respetable, la otra, algo almibarada. No me lo habría creído de no haberlo oído yo mismo. Creo que no asistí a los funerales. Y, sin embargo, ¿cómo es que aquí se jugaba a la préférence, y de qué general se trataba?

Pero no sabía duda alguna de que lo que se oía procedía de debajo de las lápidas. Me incliné ante el monumento y leí la siguiente inscripción:

«Aquí yace el cuerpo del general—mayor Pervoiédov… Caballero de tal y tal Orden. ¡Hum! Fallecido en agosto de tal año a la cincuenta y siete años de edad… Descansa en paz, querido, hasta el día de la resurrección». ¡Hum! ¡Al demonio, en realidad se trataba de un general! En la otra tumba, de la que procedía la voz lisonjera, aún no habían puesto el monumento; y solo había una lápida; debía de ser uno de los novatos. Por la voz se notaba que se trataba de un consejero de corte.

—¡Ja, ja, ja! —se oyó una voz completamente nueva, a unas cinco sázhenas del lugar donde se hallaba el general, y desde una tumba completamente reciente; era una voz masculina y de gente sencilla, pero debilitada por el tono piadoso y enternecido.

—¡Ja, ja, ja! ¡Vaya, de nuevo tiene hipo! —se oyó de pronto una voz escrupulosa y altanera de una dama irritada; parecía de la alta sociedad— ¡Vaya un castigo el de estar junto a este tendero!

—No he tenido hipo alguno, y no tomé nada, sino que mi naturaleza es así. Y a pesar de todo, señora, no puede usted calmarse debido a sus propios caprichos…

—Entonces ¿por qué yace aquí?

Fueron mi mujer y mis hijos pequeños quienes me colocaron aquí, y no yo, los que eligieron el lugar donde yazco. ¡Misterios de la muerte! Por mí, no me habría colocado a su lado ni por todo el oro del mundo. Si estoy aquí es gracias a mi propio capital, teniendo en cuenta el precio. Porque eso es algo que siempre nos podemos permitir; pagarnos una sepultura de tercera clase.

—¿Qué, ha ahorrado timando a la gente?

—¿Cómo iba a engañar a la señora, si ya desde el mes de enero no hemos tenido ingreso alguno por su parte? Tenemos en la tienda una cuenta a su nombre.

—Pues ¿eso es absurdo! ¡Aquí, en mi opinión, buscar deudas es una estupidez! Vaya arriba. Y pregúntele a mi sobrina, que es mi heredera.

—Pero ¿dónde voy yo ahora a preguntar, y adónde me dirijo? Los dos hemos llegado a nuestro límite y estamos a la par en pecados ante el juicio final.

—¡En pecados! —le remedó con desprecio y burlonamente la difunta— ¡Y no se atreva a dirigirme más la palabra!

—¡Ja, ja, ja!

—Y, sin embargo, ¿se ha dado cuenta su Excelencia de cómo el tendero hace caso a la señora?

—¿Y por qué no había de hacérselo?

—Pero si está claro, Su Excelencia, porque aquí reina otro orden de cosas.

—¿Qué otro orden de cosas?

—Pues que nosotros, por decirlo de algún modo, estamos muertos, Su Excelencia.

—¡Ah, pues sí! De todos modos, hay un orden…

¡Lo que faltaba! ¡He de reconocer que me he tranquilizado! Pues si aquí se ha llegado a esto, ¿qué podría decirse del piso de arriba? Pero ¡qué cosas pasan! De todos modos, continué escuchando, aunque bastante indignado.

—No, pero si yo podría estar vivo! ¡No… yo! ¿Saben…? ¡Podría estar vivo! —se oyó de pronto la voz de alguien, en un lugar situado entre el general y la señora que estaba irritada.

—¿Lo oye, Su Excelencia? A este otra vez le ha dado con lo mismo. Puede estarse callado durante tres días, y

de pronto va y suelta: «¡Oh, no, pero si yo podría estar vivo!». Y ¿sabe? Lo dice con tanto ímpetu, ¡ji, ji, ji!

—¡Y con qué premura!

—Le afecta todo, Su Excelencia. Se va quedando dormido, completamente dormido (¡si lleva aquí desde el mes de abril!), y de pronto va y suelta: «¡Pero si yo podría estar vivo!».

—Y sin embargo, esto es aburrido —señaló Su Excelencia.

—Es aburrido, Su Excelencia, pero ¿acaso habremos de irritar de nuevo a Avdotia Ignátievna? ¡Ji, ji, ji!

—Claro que no, le ruego que me libre de ella. No soporto a esa vocinglera provocativa.

—Pues yo, por mi parte, no les soporto a ninguno de los dos —respondió despectivamente la vocinglera—. Los dos son de lo más aburrido y no saben decir nada que resulte ideal. Y sobre usted, Su Excelencia: por favor, no se ufane tanto, pues me sé una de debajo de la cama de un matrimonio.

—¡Qué mujer más desagradable! —refunfuñó entre dientes el general.

—Madrecita, Avdotia Ignátievna —aulló de pronto el tendero—, señora mía, dime, sin guardarme rencor, ¿acaso estoy en el purgatorio, o está ocurriendo algo diferente…?

—¡Vaya! ¡Otra vez! Lo presentía, me vino su aliento y era porque se daba la vuelta.

—No me estoy dando vueltas, madrecita, y no desprendo ningún olor especial, porque todavía me conservo íntegro en todo mi cuerpo, mientras que usted, señora mía, sí que está afectada, pues su olor resulta insoportable incluso para el lugar en que nos encontramos. Y si me callo es por educación.

—¡Oh, qué desagradable ofensor! ¡Él sí que apesta, y me lo dice a mí!

—¡Ja, ja, ja, ja! A ver si llegan cuanto antes nuestros sorokovinki: ¡oiré sus voces de llanto, el sollozo de la esposa y el silencioso lloriqueo de los niños…!

—Mira de lo que se lamenta: se llenarán las barrigas de kutia y se marcharán. ¡Oh, si al menos alguien se despertara!

—Avdotia Ignátievna —dijo el funcionario lisonjero—… Espérese un momentito, que los nuevos no tardarán en hablar.

—¿Hay gente joven entre nosotros?

—También los hay jóvenes, Avdotia Ignátievna. Incluso adolescentes.

—¡Oh, qué a propósito vienen!

—¿Y qué, no han empezado aún? —se informó Su Excelencia.

—Los que trajeron hace tres días ni siquiera han despertado, Su Excelencia, y usted mismo lo sabe, que a veces están callados durante toda una semana. Está bien que a los de ayer, anteayer y hoy, los trajeron de golpe a todos. Ya que alrededor de nosotros, y hasta unas diez sázhenas, nos rodean prácticamente todos los del año pasado.

—Sí, es interesante.

—Pues, hoy, Su Excelencia, han enterrado al mismísimo consejero privado Tarásovich.

Lo reconocí por las voces. Conozco a su sobrino, que ayudó a bajar el ataúd.

—¡Hum! Pues no… no voy a ser yo el primero.

—Si empezará él mismo, Su Excelencia. Hasta estaría orgulloso, déjelo de mi mano, Su Excelencia, y yo…

—¡Ay, ay, ay! Pero ¿qué es lo que me ocurre? —se quejó de pronto una voz nueva y asustada.

—¡Es el nuevo, Su Excelencia! ¡El nuevo, gracias a Dios! ¡Y qué pronto ha hablado! En otras ocasiones están callados hasta toda una semana.

—¡Oh, si parece un hombre joven! —lanzó un gritito Avdotia Ignátievna.

—¡Yo… yo… yo estoy aquí por una complicación que me surgió y que se me presentó así de pronto! —balbució de nuevo el joven—: Ya en la víspera me decía Shults: se le ha presentado a usted una complicación, y al amanecer me muero de golpe. ¡Ay, ay!

—Pues nada se puede hacer, joven —señaló con benevolencia, y probablemente se alegró por la presencia del novato, el general—. ¡Debe tranquilizarse! ¡Bienvenido a nuestro, por así decirlo, valle de Josafat! Somos buena gente, ya lo verá y nos apreciará. El general—mayor, Vasíli Vasíliev Pervoiédov, para servirle.

—¡Oh, no! ¡No, no, no es posible! Me trataba Shults. Yo, ¿sabe?... primero se me, complicó la cosa en el pecho,

con tos, y después me constipé: el pecho y la gripe… y he aquí que así de repente, e inesperadamente… lo más importante es que sucedió de un modo completamente inesperado.

—Dijo usted que al principio empezó por el pecho —se mezcló suavemente en la conversación el funcionario, como si deseara darle ánimos al novato.

—Sí, el pecho y las toses, y después de pronto desapareció la tos y continuó lo del pecho, sin que pudiera respirar… y sabe…

—Lo comprendo, lo comprendo. Pero si comenzó por el pecho, mejor habría sido que se dirigiera a Ek, y no a Shults.

—Y yo, ¿sabes usted?, ya estaba convencido de ir a Botkin y de pronto…

—Bueno, pero si Botkin muerde —señaló el general.

—¡Oh, no! No muerde en absoluto; yo había oído que era muy atento y que lo diagnostica todo a tiempo.

—Su Excelencia lo ha dicho en el sentido de los precios que cobra —apuntó el funcionario.

—¡Oh, no! ¡Qué dice! En total tres rublos, te hace el reconocimiento, te extiende la receta… y yo quise ir a él inmediatamente, pues me dijeron… ¿Qué debía haber hecho, señores, ir a Ek o a Botkin?

—¿Qué? ¿Adónde? —se removió, riendo agradablemente, el cadáver del general. Le acompañó el falsete del funcionario.

—¡Querido niño! ¡Querido y alegre niño! ¡Cuánto te quiero! —exclamó con entusiasmo Avdotia Ignátievna—. ¡Ay, si lo hubieran colocado junto a mí!

¡No, esto ya no estoy dispuesto aceptarlo! ¡Además es un cadáver reciente! ¡Además es un cadáver reciente! Sin embargo, conviene escuchar algo más y no precipitarse en las conclusiones. A este mocoso del novato recuerdo yo haberle visto hace poco en el ataúd; tenía la expresión de un polluelo asustado, de lo más desagradable. Pero ¿y qué vino después?

Después comenzó tal barahúnda que no pude retenerlo todo en la memoria, ya que muchos comenzaron a despertarse de golpe: se despertó el funcionario, de los que pertenecen a los consejeros de estado, y comenzó inmediatamente a hablar con el general sobre el proyecto de la nueva subcomisión ministerial; sobre otros asuntos y el posible traslado de personas relacionadas con

la subcomisión, con lo cual distrajo sobremanera al general. Reconozco que yo mismo me enteré de muchas cosas, hasta asombrarme de los entresijos a través de los cuales resulta a veces posible llegar a conocer las novedades administrativas de la capital. A continuación se medio despertó un ingeniero, pero se estuvo mucho rato refunfuñando cosas totalmente absurdas, de modo que los demás ni siquiera se metieron con él y lo dejaron que estuviera un rato a su aire. Finalmente empezó a dar señales de sepulcral reanimación la señora de la alta sociedad enterrada por la mañana en el catafalco. Lebeziátnikov (ya que el adulador y odioso consejero áulico, que se ubicaba cerca del general Pervoiédov, resultó llamarse Lebeziátnikov) no cesaba de dar vueltas y asombrarse de que en esta ocasión todos se hubieran despertado tan de golpe. Reconozco que también yo me sorprendí; además, algunos de los que se despertaron habían sido enterrados hacía tres días, como, por ejemplo, una muchacha muy jovencita, de unos dieciséis años, pero no paraba de reír… reía de un modo desagradable y lascivo.

—¡Su Excelencia, el consejero privado, Tarásovich, se está despertando! —informó de pronto Lebeziátnikov, con extraordinaria rapidez.

—¿Cómo? ¿Qué? —con desaire y voz melindrosa murmuró, recién despierto, el consejero privado. En su tono de voz había algo que denotaba un aire caprichoso y dominante. Me puse a escuchar con curiosidad, ya que los últimos días había oído decir cosas de lo más tentadoras e inquietantes de un tal Tarásovich.

—Soy yo, Su Excelencia, de momento, solo soy yo.

—¿Qué es lo que pide y qué desea?

—Lo único que deseaba era informarme sobre la salud de Su Excelencia; por falta de costumbre, aquí, desde el primer día, se siente uno con algo de estrechez. El general Pervoiédov desearía tener el honor de presentarse a Su Excelencia y espero… —No he oído.

—Por favor, Su Excelencia, el general Pervoiédov, Vasíli Vasílievich…

—¿Usted es el general Pervoiédov?

—No, Su Excelencia, tan solo un consejero áulico, Lebeziátnikov, para servirle a usted, y el general Pervoiédov…

—¡Qué absurdo! Le ruego que me deje en paz.

—¡Déjele! —interrumpió en tono digno el propio general Pervoiédovla repugnante impaciencia de su agente sepulcral.

—Todavía no se ha despertado, Su Excelencia, hay que tenerlo en cuenta; es por falta de costumbre: cuando se despierte actuará de otro modo…

—¡Déjele! —repitió el general.

—¡Vasíli Vasílievich! ¡Eh, usted, Su Excelencia! —gritó de pronto, en voz alta y con ímpetu, junto a la misma Avdotia Ignátievna, una voz completamente nueva, insolente y de señorito; era un tono cansado muy a la moda y de estilo descarado, como si estuviera midiendo versos—. Llevo un par de horas observándoles; estoy aquí desde hace tres días. ¿Se acuerda usted de mí, Vasíli Vasílievich? Soy Klinévich, nos vimos en casa de los Volokónski, donde, no sé por qué, también estaba usted invitado.

—¿Cómo? El conde Piotr Petróvich… ¿es posible que sea usted? Y tan joven… ¡Cuánto lo siento!

—Yo mismo lo siento, solo que me da igual, con tal de sacar lo que pueda de donde esté. Y no soy conde, sino barón, solo un barón. Somos unos baroncetes tiñosos, procedentes de lacayos; y tampoco sé la razón, pero me

da igual. No soy más que un gandul de la pseudoaltísima clase, considerado como un «encantador polizón». Mi padre era un generalucho, y mi madre ha tratado en su tiempo con la *haut lieu*. El año pasado, junto al judío Zifel, conseguí pasar cincuenta mil billetes falsos, y después lo denuncié, y todo el dinero enterito se lo llevó consigo Iulka Charpentier de Lusagnan a Burdeos. E imagínese, yo ya estaba comprometido del todo con Chevalévskaia, le faltaban tres meses para cumplir los dieciséis; todavía era estudiante de instituto; ofrecían unos noventa mil rublos por su dote. Avdotia Ignátievna, ¿se acuerda de cómo, hace quince años, me pervirtió usted, cuando yo todavía era un paje de catorce años?

—¡Vaya un sinvergüenza que eres! Si al menos te hubiera mandado dios; pero en este lugar…

—En vano sospechaba usted del mal olor de su vecino, el comerciante… Yo estaba callado y riéndome. Pues el olor procede de mí; me han enterrado en un ataúd cerrado con clavos.

—¡Oh, qué bribón! Solo que yo estoy contenta a pesar de todo. ¡No se imagina, Klinévich, qué ausencia de vida y agudeza mental reinan en este lugar!

—¡Pues sí, sí! También yo estoy dispuesto a emprender aquí algo original. Excelencia, no me dirijo a usted, Su

Excelencia Pervoiédoc, sino a otro señor: Tarásovich, el consejero privado. ¡Responda! Soy Klimévich, el que le llevaba durante la Cuaresma a casa de mademoiselle Furi.

—Le estoy oyendo, Klimévich, y estoy muy contento, pero créame…

—No me lo creo en absoluto, y me importa un comino. Y a usted, mi querido ancianito, solo me encantaría llenarle de besos, pero no puedo, a Dios gracias. ¿Saben ustedes, señores, lo que escribió este *grand—père*? Se murió hace unos tres o cuatro días, y ¿se pueden creer que dejó las arcas del Estado con un déficit nada menos que de cuatrocientos mil rublos? Una cantidad destinada a las viudas y los huérfanos, y, sin saber por qué, solo él tenía acceso a ello, ya que al parecer no lo revisaban desde hacía ocho años. Me imagino ahora las caras largas que se les habrán puesto allí a todos, y cómo se acuerdan de él. ¿Acaso no es una idea voluptuosa? Ya me asombraba yo el último año de cómo a un vejete de setenta años, gotoso y con todo tipo de males, le quedaban tantas fuerzas para la perversión. Y ¡aquí está la solución! ¡Esas viudas y los huérfanos… la sola idea de ellos debió de enardecerle!... Ya lo sabía yo hace mucho, era el único que lo sabía, me lo dijo la señora Charpentier, y en cuanto me enteré, por Semana Santa, empecé a presionarle amistosamente:

Entrega veinticinco mil que, si no, mañana te van a inspeccionar. Pues imagínense, por aquel entonces solo disponía de trece mil, de modo que en estos momentos, al parecer, se murió muy a tiempo. Grand—père? ¿Me oye, *grand—père*?

—Cher Klinévich, estoy completamente de acuerdo con usted, y en vano… ha entrado usted en esos detalles. La vida trae tantos sufrimientos y desgracias, y tan pocos castigos…

Finalmente deseo apaciguarme, y, por lo que he visto, espero desprenderme aquí de todo ello.

—¡Me apuesto lo que sea que ya ha olido a Katish Berestova!

—¿Qué… qué Katish? Pues aquí, a la izquierda, a cinco pasos de mí, y a unos diez de usted. Ya lleva aquí cinco días, y ¡si usted supiera, *grand—pere*, lo miserables que es…! ¡Es de buena familia y educada…! ¡Pero un monstruo hasta más no poder! No se la he presentado a nadie, y solo lo sabía yo… ¡Katish… responde!

—¡Ji, ji, ji! —respondió la vocecita rota de una joven, en la que se percibía algo similar al pinchazo de una aguja.

—Y ¿es rubita? —murmuró entrecortadamente, en tres tonos, el grand—père.

—¡Ji, ji, ji!

—Llevo ya mucho tiempo —balbuceó ahogándose el anciano—soñando con la idea de una rubita, de unos quince años… y precisamente en una circunstancia así…

—Pero ¡qué monstruo! —exclamó Avdotia Ignátievna.

—¡Ya está bien! —decidió Klinévich—, veo que el material es extraordinario. Enseguida nos acomodaremos aquí mejor. Lo más importante es que pasemos el resto del tiempo de la manera más divertida posible; pero ¿qué tiempo? ¡Eh, usted! ¡Un tal funcionario Lebeziátnikov, o algo por el estilo! ¡He oído que le llamaban así!

—Soy Lebeziátnikov, el consejero áulico, Semión Evséich, para servirle, y estoy pero que muy satisfecho.

—Me importa un comino que esté usted satisfecho, y parece que solo usted es quien lo sabe aquí todo. En primer lugar, respóndeme (pues desde ayer no salgo de mi asombro), ¿cómo es que podemos hablar aquí? Si hemos muerto, y al margen de ello, hablamos; parece que nos movemos, y mientras tanto, ni hablamos ni nos movemos. ¿Qué truco es este?

—Pues eso, si usted lo desea, podría explicárselo, mejor que yo, el barón Platón Nicoláievich.

—¿Quién es ese Platón Nicoláievich? No sea remolón, vaya al asunto.

—Platón Nicoláievich es nuestro filósofo casero, especialista en ciencias naturales y un maestro. Escribió unos cuantos libros de filosofía, pero he aquí que lleva tres meses completamente dormido, de modo que ya resulta imposible hacerle despertar. Una vez por semana murmura unas cuantas palabras que no vienen a cuento.

—¡Vamos, vamos!

—Todo esto lo explica él de un modo muy sencillo, a saber, que allí arriba, cuando aún tenemos vida, se considera erróneamente la muerte como una muerte verdadera. Aquí, el cuerpo parece revivir de nuevo, los restos de la vida se concentran, pero solo en el nivel de la conciencia. Es decir (no sé cómo explicárselo) que la vida continúa como por inercia. Todo está concentrado, según sostiene él, en algún lugar de la conciencia, y continúa así dos o tres meses más… a veces incluso hasta seis. Aquí, por ejemplo, hay uno que ya está casi descompuesto, pero una vez cada seis semanas, de pronto, balbuce una palabreja, claro que sin sentido alguno, algo así como bobok: «Bobok, bobok»; lo que quiere decir que en su

cuerpo todavía arde vida en forma de invisible chispa…

—Es bastante absurdo. Y ¿cómo es que yo, sin tener olfato, señaló que aquí el hedor se percibe, por decirlo de algún modo, moralmente, ¡je, je! El hedor es como si fueran las almas, a las que se les da tiempo para rectificar durante dos o tres meses, y esto, por así decirlo, es la última clemencia que se concede… Solo que a mí me parece, barón, que todo viene a ser un delirio místico, bastante comprensible en su estado…

—Es suficiente, estoy seguro de que todo esto esa absurdo. Lo más importante son los dos o tres meses de vida, y al final… bobok. Les propongo a todos que pasemos estos dos meses lo mejor posible, y para ello es imprescindible que nos mentalicemos de las siguientes condiciones. ¡Señores! ¡Les propongo que no nos avergoncemos de nada!

—¡Oh, vamos! ¡Vamos a no avergonzarnos de nada! —se oyeron múltiples voces, y curiosamente incluso algunas completamente nuevas, lo que significa que se habían despertado en aquel momento. Con especial participación resonó la voz de bajo del ingeniero, que expresaba su conformidad ya completamente despierto. La joven Katish se echó a reír alegremente.

—¡Cómo me gustaría no tener vergüenza de nada! —

exclamó con entusiasmo Avdotia Ignátievna.

—¿Han oído? Ya que si Avdotia Ignátievna desea no avergonzarse por nada…

—¡No, no, no, Klimévich, yo sentía vergüenza! ¡A pesar de todo, allí arriba, sentía vergüenza, pero aquí tengo muchas ganas de dejar de avergonzarme!

—Entiendo, Klinévich —resonó el vozarrón del ingeniero—, que ofrece usted emprender la vida de aquí, por decirlo de algún modo, sobre unos principios nuevos y ya más racionales.

—¡Me importa un comino! Para eso esperaremos a Kudeiárov, al que trajeron ayer.

Cuando se despierte, le explicará todo. ¡Es un personaje! ¡Un personaje de gran relieve!

Tengo entendido que mañana traerán a otro especialista más en ciencias naturales, probablemente un oficial, y, si no me equivoco, dentro de unos tres o cuatro días, a un periodista, al parecer, junto a un redactor. Pero, además, ¡que se vayan al demonio! Pues solo es preciso que nos juntemos un grupito y las cosas saldrán por sí mismas. De momento, lo único que deseo es no mentir. Solo deseo eso, porque es lo más importante. Vivir sobre

la tierra sin mentir resulta imposible, ya que la vida y la mentira vienen a ser sinónimas; mientras que aquí, y para divertirnos, no mentiremos. ¡Al diablo, pues algún sentido tendrá la tumba! Contaremos todos en voz alta nuestras historias, y ya sin avergonzarnos de nada. Empezaré por mi persona. ¿Saben? Soy una persona de las lascivas. Todo esto, allí arriba, estaba atado con cuerdas podridas. ¡Deshagámonos de ellas y vivamos dos meses en la más desvergonzada verdad! ¡Desnudémonos y quitémonos los ropajes!

—¡Desnudémonos, desnudémonos! —gritaron todas las voces.

—¡Pues yo deseo desnudarme con todas mis ganas! —dijo lanzando gritos Avdotia

Ignátievna.

—¡Oh, oh…! ¡Oh! ¡Estoy viendo que aquí lo pasaremos bien! ¡No deseo volver con Ek!

—¡Pues, no! Yo, ¿sabe usted?, si por mí fuera, viviría.

—¡Ji, ji, ji! —se rió Katish.

—Lo más importante es que nadie puede prohibirnos nada, y aunque veo que Pervoiédov se enfada, aún con

todo, no me alcanza con la mano. ¿Está usted de acuerdo, grand—père?

—Estoy completamente de acuerdo, y muy satisfecho por mi parte, pero siempre y cuando sea Katish la que comience a contar primero su bi—o—gra—fía.

—¡Pues yo protesto! Protesto con todas mis ganas —pronunció con firmeza el general Pervoiédov.

—¡Su Excelencia! —murmuró el tunante de Lebeziátnikov con voz baja y atolondrada para convencer—: Su Excelencia, pero si salimos ganando con dar nuestra conformidad. Aquí, sabe usted, está esa niña… y finalmente todas esas cosas…

—Supongamos lo de la niña, pero…

—¡Nos conviene más, Su Excelencia! ¡Por Dios que nos conviene más! ¡Aunque solo sea como un ensayo, aunque solo sea por probar…!

—¡Ni siquiera en la tumba le dejan a uno en paz!

—En primer lugar, general, que usted en la tumba juega a la préfférence, y, en segundo lugar, nos importa usted un pi—mien—to —dijo Klinévich con voz chulesca.

—A pesar de todo, le ruego, señor mío, que no pierda la memoria.

—¿Qué? Pero si usted no llega hasta donde estoy yo, y yo, desde aquí, puedo hacerle burlas, como al caniche de Iulka. Y en segundo lugar, señores, ¿qué general es él aquí?

¡Eso lo era aquí arriba, mientras que aquí no es nada de nada!

—¡No! ¡De eso nada…! ¡También lo soy aquí…!

—Aquí se pudrirá en la tumba, y no quedarán de usted más que esos botones de cobre.

—¡Bravo, Klinévich! ¡Ja, ja, ja! —bramaron las voces.

—Yo he servido a mi soberano… y tengo una espada…

—Su espada solo sirve para pinchar ratones, y, además, jamás la usó.

—¡A pesar de ello, formé parte de un todo!

—¡Hay tantas partes de un todo!

—¡Bravo, Klinévich! ¡Bravo! ¡Ja, ja, ja!

—Yo no sé lo que es una espada —exclamó el ingeniero.

—¡Huiremos de los prusianos como ratones, y nos convertirán en polvo! —resonó una voz alejada, que me resultó desconocida, pero que literalmente se ahogaba de alegría.

—¡La espada, señor mío, es el honor! —exclamó el general, pero solo yo pude oírle. Se armó un largo y prolongado bullicio, todo un alboroto y motín, en el que únicamente se oían los impacientes e histéricos gritos de Avdotia Ignátievna.

—¡Hagámoslo cuanto antes! ¡Oh! Pero ¿cuándo empezaremos a no avergonzarnos de nada?

—¡Ja, ja, ja! ¡En verdad que el alma recorre el camino del purgatorio! —se oyó una voz de un villano, y… Y de pronto estornudé. Sucedió de golpe y sin poderme contener, pero el efecto fue increíble: todo quedó sumido en el silencio, como en un cementerio, y desapareció como un sueño. Realmente se hizo un silencio sepulcral. No creo que se avergonzaran de mí: ¡si ya habían decidido no avergonzarse de nada! Esperé unos cinco minutos y no volví a oír una sola palabra, ni un ruido. No podría presuponerse que se asustaran de una denuncia a la policía. Pues ¿qué podría hacer aquí a policía? Llego involuntariamente a la conclusión

de que, a pesar de todo, debían de tener algún tipo de secreto, desconocido para los mortales, que ocultaban celosamente de cualquiera de ellos. «Pues bueno», pensé, «queridos míos, ya volveré a visitaros»; y con esas palabras me fui del cementerio.Pero ¡no! ¡No puedo admitirlo! ¡Verdaderamente no puedo! Bobok no me confunde (¡conque eso era bobok!). ¡La depravación en un lugar así, la depravación de las últimas esperanzas, de los cuerpos marchitos y en descomposición, e incluso sin piedad de los últimos momentos de conciencia! Se les han dado, se les han regalado estos momentos y… ¡Y lo más increíble… lo más increíble es que suceda en semejante lugar! No, eso es algo que no puedo admitir… Visitaré las tumbas de otras clases, y escucharé en todas partes. Y he aquí que, para hacerse una idea, hay que escuchar en todas partes, y no solo en una. A lo mejor doy con algo más reconfortante. Aunque sin duda alguna volveré donde ellos. Me ofrecieron sus biografías y diferentes anécdotas. ¡Puf! Pero iré; iré sin falta. ¡Es una cuestión de conciencia! Llevaré esto al periódico Grazhdanín. Allí también plasmaron el retrato de un redactor. Tal vez lo publiquen.

Los niños son unas personitas un tanto particulares. Uno sueña con ellos y se los imagina. En Navidades, o el mismo día de Nochebuena, tropecé en la esquina de una famosa calle con un muchachillo que no tendría más

El niño con la manita

de siete años. Hacía un frío espantoso y el niño vestía ropa de verano y unos trapos viejos atados al cuello que hacían de bufanda (lo que significaba que a pesar de todo, había alguien que se los ponía antes de salir a la calle). Andaba él «con la manita» extendida, un término técnico que significa… pedir limosna. Lo acuñaron los propios muchachos. Hay muchos chicos como él que se cruzan en tu camino repitiendo lo mismo (y aullando algo ya aprendido). Pero este niño no lo hacía, hablaba ingenuamente y con un estilo poco corriente y sincero, mirándote a los ojos; quizás se estuviera iniciando en el oficio. A mis preguntas respondió que tenía una hermana que no trabajaba y estaba enferma. Probablemente fuera cierto, pero después me enteré de que hay una multitud de esos muchachos: los echan a la calle «con la manita» aunque haga un frío terrible y, en caso de no recoger limosna, seguramente les aguarde después una paliza. Tras reunir algunas monedas, el niño, con las manos ateridas y enrojecidas, se dirige al sótano, donde algún grupo de gente se emborracha a su costa: son aquellos que «tras holgar del sábado al domingo, no regresan a sus puestos de trabajo hasta el miércoles por la tarde».

Y allí, en los sótanos, se emborrachan junto a ellos sus

hambrientas y apaleadas mujeres, y allí mismo gimen sus bebés. El vodka; suciedad y depravación, pero que no falte vodka. Con los cópecs reunidos envían rápidamente al niño a otra taberna a por más vino. Para divertirse, a veces también le dan un poco de alcohol, mientras el niño, medio ahogado, cae inconsciente al suelo,

… y en su boca vierten

Despiadadamente el desagradable vodka…

En cuanto estos niños crecen un poco los envían a trabajar a alguna fábrica y se ven nuevamente obligados a entregar cuanto ganen a esos bribones que se los gastan en alcohol. Pero ya antes de empezar a trabajar esos niños se convierten en auténticos delincuentes. Deambulan por la ciudad y llegan a conocer todo tipo de sótanos donde pueden pasar la noche sin que nadie repare en ellos. Uno de esos muchachos pasó varias noches seguidas en una portería dentro de una cesta y nadie se percató de su presencia. Se convirtieron en unos ladronzuelos sin darse cuenta. Incluso en niños de ocho años, el hurto se torna pasión y apenas son conscientes del delito cometido. Finalmente, lo padecen todo —hambre, frío y palizas—, y solo para conservar la libertad, y huyen de esos bribones para mendigar por su cuenta. Esos pequeños salvajes a veces no saben nada, ni dónde

viven ni de qué nacionalidad son ni si existe Dios, y se comentan a veces de ellos tales cosas que hasta le parece a uno mentira oírlas; y, sin embargo, todo eso son hechos.

El niño ante el árbol de Navidad

Pero soy un novelista y creo que una de esas «historias» fui yo mismo quien la inventó. Y si he dicho

«creo» es porque soy consciente de haberla inventado y, sin embargo, me parece que realmente sucedió en algún lugar, y, para más exactitud, en vísperas de Navidad, en alguna ciudad terriblemente grande, un día que hacía mucho frío.

Veo en un sótano a un niño pequeño que como máximo tendrá unos seis años, quizás menos. Se despierta por la mañana en un sótano húmedo y frío. Lleva algo parecido a una bata, y tirita. Al respirar, sale de su boca vaho, y mientras se acurruca sobre un baúl se entretiene soltando al aire bocanadas de vaho. Pero tiene mucha hambre. A lo largo de la mañana de acerca varias veces al finísimo petate de paja, con un latillo de trapos que hace de almohada, sobre el que yace su madre, que está enferma. ¿Cómo fue a parar allí? Debió de venir de otra ciudad junto a su hijo y después enfermó. Hacía un par de días que la policía había echado a la patrona de aquel lugar; los inquilinos se marcharon Dios sabe adónde, y allí tirado se quedó solo un indigente que llevaba veinticuatro horas completamente borracho sin haber llegado la fiesta. En otro rincón de la habitación gemía una anciana octogenaria que trabajó de criada durante algún tiempo y ahora estaba muriéndose en soledad; la anciana gruñía al niño cada vez que se le acercaba, hasta

que el muchacho dejó de hacerlo. En el zaguán encontró algo de beber, pero no consiguió dar con un pedazo de pan; se había acercado ya una decena de veces a su madre para despertarla.

Finalmente, la angustia empezó a apoderarse de él: hacía mucho que había anochecido y no encendían las luces. Al palpar el rostro de su madre, le extraña que no se inmute y esté tan fría como el témpano. «Aquí hace demasiado frío», piensa el muchacho, que se queda un rato de pie y apoya inconscientemente su mano sobre el hombro de la fallecida; a continuación se sopla los dedos ateridos de frío, se coloca la gorra, que está sobre el petate, y despacito y a tientas sale del sótano. Quería haber salido antes, pero le retuvo el miedo a un perro grande que estaba en la escalera de arriba y que se pasó el día entero aullando en la puerta de los vecinos. Pero, como el perro ya se había marchado, el muchacho pudo finalmente salir a la calle. ¡Dios mío, qué ciudad! Jamás había visto nada semejante. En el lugar del que provenía, las noches eran muy oscuras y en toda la calle había solo una farola. Las casitas bajas de madera se cerraban con sus contraventanas. Apenas anochecía no quedaba un alma en la calle, pues todos se escondían en su casa y solo se oían aullidos de jaurías enteras de perros.

Centenares y miles de ellos aullaban y ladraban durante toda la noche. Pero, a pesar de todo, allí hacía

calor y le daban de comer, mientras que aquí… ¡Dios mío, ojalá pudiera llevarse algo a la boca! ¡Aquí, en cambio, cuánto ruido y bramido había! ¡Cuánta luz y cuánta gente, cuántos coches, caballos! ¡Y frío, cuánto frío! Los morros de los sudorosos caballos que corren veloces desprenden un vaho blanco; sus cascos resuenan en el empedrado cubierto de mullida nieve. Pero ¡Dios mío! ¡Qué hambre tiene! ¡Con que solo pudiera llevarse a la boca un pedazo de pan! De pronto siente un fuerte dolor en sus deditos. Un guardia pasa junto a él y se da la vuelta, haciéndose el despistado.

He aquí otra calle. ¡Oh, qué ancha es! Le pueden aplastar a uno, por eso todos gritan y corren de un lado a otro, ¡y cuánta luz hay! ¡Cuánta luz! «Y ¿eso qué es?», piensa el niño. ¡Oh! ¡Qué cristal tan grande, y detrás una habitación con un árbol que llega hasta el mismo techo! Es un abeto con muchas luces, adornos dorados y manzanas. Alrededor del árbol hay juguetes y caballitos pequeños. Por la habitación corretean niños vestidos de gala. Están limpios y ríen, juegan, comen y toman refrescos. Una niña se pone a bailar con un niño. ¡Qué niña más guapa! También hay música que se oye a través de la ventana. El niño la mira sorprendido, incluso tiene ganas de reír, pero le duelen los dedos de los pies y los de las manos las tiene tan enrojecidos que no los puede doblar. Y de pronto vuelve a sentir que le duelen los deditos, se echa a llorar y sale corriendo hacia otro

lugar, donde ve otra habitación detrás de una ventana y varios árboles, y sobre las mesas hay bollos de todo tipo, de almendra y de color rojo y amarillo. Y junto a la mesa están sentadas cuatro ricachonas que ofrecen bollos al que se acerca a la mesa, y la puerta de la casa, donde entran muchos señores, se abre constantemente. El niño se acerca agazapado, abre despacio la puerta y entra. ¡Uf! ¡Cómo le gritan y le espantan! Una señora se acerca rápidamente y le da un cócep mientras abre la puerta y le indica la salida. ¡Cómo se asusta! Al instante, la moneda se le resbala de las manos y cae al suelo sonando escaleras abajo. El niño no puede doblar sus helados deditos para agarrarla. Sale a toda prisa sin saber adónde. Otra vez le entran ganas de llorar, pues tiene miedo, y corre deprisa mientras se sopla los deditos. Y la tristeza nuevamente se apodera de él porque está solo y angustiado, pero ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Hay una muchedumbre que se asombra y se agolpa junto a una ventana. Al otro lado del cristal hay tres muñecos pequeños, vestidos con preciosos vestidos de color verde y encarnado, que parecen de verdad: un ancianito que tocan unos violines pequeños. Pero ¿cómo giran sus cabecitas mirándose los unos a los otros, y moviendo los labios como si realmente hablaran! Aunque a través del cristal no se les oye. Al principio, el niño creyó que se trataba de personas vivas, pero al percatarse de que eran muñecos! ¡No pensaba que pudieran existir! Tiene ganas de llorar, pero los muñecos le hacen mucha gracia. De repente siente que

alguien le agarra del abrigo. Un chico grande con cara de malas pulgas, y que está a su lado, de improviso le da un capirotazo en la cabeza, le quita el gorro y le propina una patada en la espinilla. El niño cae estupefacto al suelo en medio de un gran alboroto; se levanta y echa a correr a toda prisa. De pronto se encuentra en un patio desconocido y se acurruca tras un montón de leña: «Aquí no me buscarán y está oscuro», piensa. Se queda acurrucado y sin aliento por lo asustado que está, y pronto empieza a sentirse a gusto: súbitamente deja de sentir dolor en sus manitas y piececitos y le parece estar junto a una estufa. El muchacho se estremece: ¡oh!, pero ¿si se había quedado dormido! «¡Qué a gusto se duerme aquí! Estaré aquí un ratito y otra vez iré a ver los muñecos», pensó el niño, y sonrió al recordarlos. «¡Si parecen de verdad…!» Y se imagina que su madre le canta una canción al oído. «¡Mamá, estoy durmiendo! ¡Oh! ¡Qué bien se duerme aquí!» —¡Vamos a ver mi árbol de Navidad! —le susurra de pronto una voz cariñosa. El muchacho cree que es su madre, pero no lo es. No ve quién le llama ni quién, en medio de la oscuridad, se agacha junto a él y lo abraza, y también el niño le extiende sus bracitos y… ve mucha luz. ¡Qué árbol! ¡No parece un árbol, jamás había visto nada semejante! ¿Dónde está ahora? Todo refulge y brilla y alrededor hay muchos muñecos.

Pero si no son muñecos, sino niños y niñas, solo que iluminados, revoloteando y dando vueltas en torno a él.

Todos lo besan, lo cogen de la mano, lo llevan con ellos, y él ve que su madre lo mira y sonríe feliz.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Oh! ¡Qué bien se está aquí! —exclama el niño, y vuelve a besarse con los niños, y tiene muchas ganas de contarles los muñecos que vio detrás de los cristales de un ventanal—. ¿Quiénes sois, niños? ¿Quiénes sois, niñas? —les pregunta, sonriendo amorosamente.

—Este es el «Árbol de Noé» —le responden—. En un día como este, Cristo siempre tiene un Árbol de Noé para los niños que no tienen su propio árbol allí, en la Tierra… —y se enteró de que todos aquellos niños y niñas eran muchachos como él, solo que unos murieron congelados en las cestas en que los abandonaron tras arrojarlos a las puertas de algún funcionario petersburgués; otros, asfixiados a manos de las cuidadoras de los orfanatos donde les daban de comer; otros, en los extenuados pechos de su madre (durante la hambruna de Sámara); otros, asfixiados por el aire fétido en los vagones de tercera. Y ahora todos están aquí, todos son ángeles que están junto al Niño Jesús, y él en medio, con las manos extendidas hacia ellos; los bendice tanto a ellos como a sus pecadoras madres… Y las madres de esos niños también están aquí, a un lado, y lloran: todas reconocen a sus hijos, y los niños vuelan hacia sus madres y las besan, les sacan lágrimas con sus manitas, y las consuelan

para que no lloren, pues están muy bien en este lugar… Mientras tanto, por la mañana, aquí abajo en la Tierra, los barrenderos encontraron el pequeño cuerpo sin vida de un niño escondido detrás de la leña; también encontraron a su madre… Había fallecido antes que él; ambos se reencontraron en el cielo. Y ¿para qué habré escrito yo una historia de este tipo, ajena a la línea de un diario normal, máxime cuando es el de un escritor? ¡Había prometido hablar únicamente de historias reales!

Pero ahí está la cuestión, que no hace más que figurárseme que todo eso pudo haber ocurrido realmente, es decir, lo que ocurrió en el sótano y detrás de la leña. Y en cuanto a lo del Árbol de Noé ni yo mismo sabría decirles si realmente pudo haber ocurrido o no. Pero por algo soy novelista y puedo imaginar.

Dos suicidios

No hace mucho tuve ocasión de hablar con uno de nuestros escritores (un gran artista) sobre la vis cómica en la vida y la dificultad de determinar el fenómeno y denominarlo con la palabra exacta. Precisamente por ello, le señalé que hacía cuarenta años que había leído El mal de la razón, y que solo este año había comprendido debidamente a uno de los tipos más claros de esa comedia: a Molchalin, y lo comprendí exactamente cuando él, es decir, el escritor con el que departía, me explicó la personalidad de Molchalin al revelar uno de sus rasgos más satíricos. (Sobre Molchachin aún tendré ocasión de hablar, por ser un tema admirable.)

—Y ¿sabe una cosa? —me dijo mi interlocutor, a quien al parecer desde hacía mucho tiempo le impresionaba profundamente su idea— ¡Sabe una cosa? Que por mucho que escriba, por mucho que se realce y se describa en una obra literaria, jamás podrá esta equipararse a la realidad. Usted por ejemplo cree haber alcanzado en la obra lo más cómico de una realidad sobradamente conocida; cree que ha captado su rasgo más deforme. Pues ¡de ninguna manera! ¡Al momento la realidad le presentará en esa misma naturaleza un aspecto que usted ni imaginaba, y superará aquello que su propia observación e imaginación pudo crear…!

De eso ya me había percatado yo en el año 1846, cuando empecé a escribir, y probablemente incluso antes; y este hecho me sorprendió en más de una ocasión, lo que me dejó perplejo acerca de lo beneficioso que pudiera resultar el arte ante tan evidente impotencia. Observen un hecho cualquiera de la vida real, que no tiene por qué ser brillante al primer golpe de vista, y solo si se dispone de suficiente capacidad, que ni el propio Shakespeare la posee. La cuestión estriba exactamente en el ojo del que observa y el que tiene el talento de hacerlo. Pues se ha de ser también un artista específico no solo para crear y escribir obras literarias, sino para reparar en un hecho concreto. Para un observador todos los fenómenos de la vida transcurren con la sencillez más conmovedora y resultan tan comprensibles que no plantean nada y nada es necesario pensar ni observar. Sin embargo, los mismos fenómenos le darán a otros observador tanto material (lo que sucede en no pocas ocasiones) que se quedará exhausto por sintetizarlos y simplificarlos, ordenarlos debidamente hasta darles forma, hasta recurrir a otro tipo de simplificación pegándose un tiro en la frente para apagar de una vez su doliente inteligencia junto con todas las interrogantes. Esto solo son dos cuestiones contrarias, pero entre ellas tiene cabida todo el sentido humano. Lo que es evidente es que jamás podremos agotar todo el fenómeno, ni llegar desde su principio al fin. Solo conocemos la esencia que transcurre aparentemente, y aun así muy por encima, ya que los comienzos y los

finales, todo ello de momento, son para el hombre algo fantástico. A propósito, uno de los corresponsales que me merecen respeto, ya en verano, me puso al corriente de un extraño suicidio que quedó sin aclarar; yo no hacía más que querer hablar de él. En ese sentido, todo, tanto lo visto desde dentro como desde fuera, era un enigma. Y teniendo en cuenta la naturaleza humana, intenté resolver este enigma para quedarme «tranquilo y en paz». La suicida era una joven de no más de veintitrés o veinticuatro años; hija de un emigrante ruso muy conocido, nacida fuera del país. Aunque de sangre rusa, no lo parecía en absoluto debido a la educación recibida. Quiero recordar que en su momento, en los periódicos, se habló poco de ella; pero los detalles eran un tanto curiosos: Empapó su bata de cloroformo, después se envolvió con ella la cabeza y se tumbó en la cama… Y así falleció. Pero antes de morir dejó una nota:

Je m'en vais entreprendre un long voyage. Si cela ne réussit pas qu'on se rassemble pour feter ma résurrection avec du Cliquot. Si cela réussit, je prie qu'on ne me laisse enterrer que tout à fait norte, puisqu'il est très désagréable de se réveiller dans un cercueil sous terre. Ce n'est pas chic!

Lo que significa:

Emprendo un largo viaje. Si el suicidio no se logra, que se reúnan todos para celebrar mi resurrección

con unas copas de Cliquout. Y si se logra, solo ruego que me entierren completamente convencidos de que estoy muerta, puesto que resultaría muy desagradable despertarse metida en un ataúd debajo de la tierra. ¡Incluso podría quedar muy vulgar!

En mi opinión, en esta desagradable y tosca ostentación, probablemente se perciban ecos de indignación y rabia. Pero ¿hacia qué? Sencillamente las naturalezas vulgares terminan suicidándose por alguna causa material, visible y externa, pero el tono de la nota indicaba que no había tal causa. ¿Qué era lo que la indignaba? ¿La sencillez de lo cotidiano, el sinsentido de la vida? ¿Son jueces aquellos famosos que niegan la vida, y se indignan por la «estupidez» de la aparición del hombre en la tierra, de su absurda casualidad, de la tiranía casual dela rutina, con las que es imposible reconciliarse? En este punto se hace sentir precisamente el alma que se resuelve en contra de los fenómenos «rectilíneos», y no de quien lleva esta dirección única transmitida ya desde la infancia en su casa paterna. Pero lo más escandaloso, claro está, es que muriera sin ningún lugar a dudas. Lo más probable es que su espíritu no albergara conscientemente las así llamadas interrogantes; creía firmemente aquello que había aprendido en la infancia. Lo que significa que murió sencillamente a causa del «frío de las tinieblas y el aburrimiento», es decir, sufriendo de manera instintiva e inconsciente. Simplemente, se le hizo irrespirable la

vida, como falta oxígeno. Inconscientemente el alma no soportó la rectitud, e inconscientemente exigió algo más complejo…

Hace cosa de un mes, se publicaron en todos los periódicos petersburgueses unas líneas con letra menuda sobre un suicidio ocurrido en la capital: una joven pobre, que era modista, se había arrojado por la ventana desde un cuarto piso, «por no encontrar trabajo para sobrevivir». Se señalaba que se había arrojado por la ventana y había caído sobre la tierra sosteniendo una imagen religiosa entre sus manos. Esa imagen entre las manos es un caso raro y aún desconocido entre los suicidios. Este es un suicidio sumiso, resignado. Aquí, al parecer, tampoco hubo lamentos ni reproches: sencillamente le fue imposible vivir. «Dios no quiso», y ella murió después de rezar. Hay ciertas cosas que, por sencillas que parezcan, cuesta dejar de pensar en ellas, porque uno parece enteramente culpable de que sucedieran. Esa alma sumisa, que se ha suicidado, le atormenta a uno sin querer. Y fue precisamente esa muerte la que me recordó el suicidio de la hija del emigrante del que me enteré ya en verano. Y, sin embargo, ¡qué dos criaturas tan diferentes!, ¡como si procedieran de dos planetas distintos! Y ¡qué muertes tan diferentes! Pero, si me permiten plantear una cuestión vana: ¿cuál de estas almas sufrió más en la tierra?

ÍNDICE

"En esta ocasión introduzco las «Anotaciones de un individuo». No soy yo; sino otra persona completamente diferente. Creo que no es necesario ningún otro prefacio...

Colección
Lima Lee

